

Ni los reyes ni el reino habían quedado del todo satisfechos con el nacimiento de las dos princesas, y unos y otros deseaban con ansia un príncipe que heredara el cetro castellano. Pero este deseo daban pocas esperanzas de verle cumplido las enfermedades y continuos padecimientos del rey, que le presagiaban además corta vida, y que dieron ocasión a que la historia le aplicara el sobrenombre de *el Doliente*. Por lo mismo que no se esperaba este consuelo fué mayor la alegría que causó el advenimiento de un príncipe, que la reina dió felizmente á luz en Toro (6 de marzo, 1405), á quien se puso por nombre Juan en memoria de su abuelo. Este suceso produjo un gozo universal, y el infante fué reconocido y jurado heredero y sucesor del trono á los dos meses en Valladolid (12 de mayo).

Este regocijo y la paz que Castilla disfrutaba turbáronse con la violación de la tregua por parte del emir granadino Mohammed VI, que aprovechándose del estado del rey, aquejado de dolencias y padecimientos, hizo varias irrupciones en tierras cristianas por la frontera de Murcia, destruyendo poblaciones, talando campiñas y tomando tal cual fortaleza, si bien teniendo que retirarse algunas veces los infieles escarmentados y vencidos. Don Enrique, no pudiendo reducir al musulmán á que observara la tregua, y no permitiéndole su salud guerrear en persona, envió cuanta gente pudo para ver de enfrenar la insolencia del moro que había invadido á sangre y fuego el territorio de Baeza. En el sitio llamado los Callejares dióse una batalla en que de una parte y otra perecieron muchos soldados y no pocos capitanes ilustres. El rey desde Madrid despachó á todas las ciudades del reino cartas convocatorias para celebrar cortes en Toledo, á fin de pedir subsidios con que poder levantar un grande ejército y hacer una guerra activa al atrevido moro hasta hacerle arrepentirse de su osadía y deslealtad. Prelados, nobles, caballeros y procuradores se apresuraron á reunirse en Toledo (1406). Habiéndose agravado la enfermedad del rey, su hermano don Fernando fué quien en su nombre habló á las cortes y expuso el objeto de haberse convocado aquella asamblea. La demanda del rey era grande: pedía diez mil hombres de armas, cuatro mil jinetes, cincuenta mil peones, treinta galeras armadas, cincuenta naves, seis bombardas gruesas, y correspondiente provision de ingenios, trabucos, arneses y demás útiles de guerra. Echadas las cuentas de lo que sumarían aquellos gastos, y despues de alguna resistencia por parte de los obispos, y de detenida discusión por la de los procuradores, se acordó otorgarle un servicio de cuarenta y cinco cuentos de maravedís, autorizándole además para que si la necesidad apremiase pudiese por una vez y solo por aquel año hacer un nuevo repartimiento sin necesidad de llamar las cortes.

Mas en tal estado, exacerbáronse en tal manera á don Enrique sus dolencias, que antes que pudiese dar cima á sus designios, le arrebató la muerte en Toledo á 25 de diciembre de aquel mismo año (1406), y á los 27 de su edad, con gran sentimiento y llanto de toda Castilla, que no solamente lamentaba ver bajar prematuramente á la tumba un monarca de tan grandes prendas, sino que presentía las calamidades que esperaban al reino quedando una reina viuda de treinta y un años y un príncipe heredero de veintiun meses (1).

conquistar lo restante. Algun tiempo despues de la muerte de Bethencourt aquellas islas vinieron á poder de Diego Garcia de Herrera, que las cedió á los reyes Católicos.

Sobre los descubrimientos é historia de las islas Canarias puede verse la obra del ilustrado arcediano de Fuerteventura don José de Viera y Clavijo, titulada *Noticias de la historia general de las islas de Canaria* (cuatro volúmenes).—Sobre la conquista hecha por Bethencourt, trabajos y aventuras que corrió, auxilios que recibió del rey de Castilla, et cetera, hay una relacion hecha por sus mismos capellanes Bontier y Leverrier, con el título de *Historia del primer descubrimiento y conquista de las Canarias*, traducida por Ramirez, é impresa en Santa Cruz de Tenerife en 1847.—Y últimamente las noticias mas interesantes acerca de la historia de aquellas islas se hallan muy bien compendiadas en el *Bosquejo histórico y descriptivo de las islas Canarias*, de don José María Bremont y Cabello, impreso en Madrid en la imprenta nacional, 1847.

(1) Un fraile franciscano, fray Alonso de Espina, dijo, sin que sepamos el fundamento, que había muerto este rey don Enrique de un veneno que le dió un médico judío natural de Segovia, llamado Almayr.

CAPÍTULO XXV

Juan II de Castilla desde su proclamacion hasta su mayor edad

DE 1406 Á 1419

Proclamacion del rey niño en Toledo.—Temores de la reina madre.— Noble proceder del infante don Fernando.—Tutela y regencia.—Córtes de Segovia.—Guerra de Granada.—Conquista de Zahara.—Cercos de Setenil.—Córtes de Guadalajara: subsidios para la guerra.—Muerte del rey Mohammed VI de Granada y proclamacion de Yussuf III; curiosa é interesante anécdota.—Renuévase la guerra contra los moros.—Combate, sitio y gloriosa conquista de Antequera.—Se da al infante don Fernando el sobrenombre de don Fernando *el de Antequera*.—Nómbrase alcaide de Antequera al esforzado Rodrigo de Narvaez.—Tregua con Granada.—Hereda el infante don Fernando la corona de Aragon.—Parte á tomar posesion de aquel trono.—Nueva regencia en Castilla.—Comienza la privanza de don Alvaro de Luna.—Reassume la reina doña Catalina la tutela de su hijo y la regencia del reino por muerte del rey don Fernando.—Damas favoritas: disgusto de los del consejo.—Despréndese la reina madre de la crianza de su hijo: descontento de los grandes.—Muerte inopinada de la reina doña Catalina.—Crítica situacion del reino.—Cásase el rey don Juan y se le declara mayor de edad.

La circunstancia de haber heredado el trono de Castilla un príncipe que aun no contaba dos años de edad, en ocasion que amenazaba y aun había comenzado á romperse una guerra formidable con los moros de Granada, hacia que muchos temieran y auguraran grandes turbaciones y calamidades en el reino, señaladamente los que sabían y recordaban los males que en muchas ocasiones habían traído á Castilla las largas minoridades de sus reyes. Por lo mismo tambien temian unos y deseaban otros que el infante don Fernando, hermano del recién finado monarca, se alzase con la gobernacion y regimiento del reino, y aun con la corona que heredaba su tierno sobrino, única manera que algunos veían de poder conjurar las tempestades y borrascas que amenazaban levantarse. Pero el noble infante, sin oír otros consejeros que su conciencia, ni otra voz que la de su lealtad, fué el primero que ante los prelados, ricos-hombres, caballeros y procuradores de las ciudades, reunidos para las cortes de Toledo, declaró que recibía y excitó á todos á que recibiesen por rey de Castilla y á que obedeciesen como á su señor natural al príncipe don Juan su sobrino. En su virtud el pendon real de Castilla, puesto por el infante en manos del condestable Ruy Lopez Dávalos, fué paseado por las calles y plazas de Toledo, proclamando todos: *¡Castilla, Castilla por el rey don Juan!* Poco despues ondeaba el estandarte real en la torre del Homenaje, y don Fernando anunciaba á los procuradores del reino en la iglesia mayor de Santa María que con arreglo al testamento del rey don Enrique quedaban él y la reina doña Catalina encargados de la tutela del rey y de la gobernacion del reino durante la menor edad del príncipe don Juan.

Seguidamente partió el infante para Segovia (1.º de enero, 1407), donde se hallaba la reina viuda con su hijo, afigida por la muerte de su esposo, y temerosa de que el infante, con arreglo á la disposicion testamentaria de don Enrique, quisiera privarla de la crianza y educacion del príncipe, que aquel dejaba encomendada á Juan de Velasco y á Diego Lopez de Zúñiga (2). En vano aseguró el infante al obispo de Segovia,

Esta aventurada especie le bastó al bueno de Gil Gonzalez Dávila para hacer en el penúltimo capítulo de su *Historia* la observacion siguiente, que si no exacta respecto á todos los soberanos que cita, no carece de verdad en cuanto á algunos: «Y cáusame admiración, dice, pensar que cuatro reyes que ha tenido Castilla de este nombre, acabasen con muertes muy dignamente lloradas. A don Enrique el I, le mató una teja en la ciudad de Palencia: á don Enrique II, unos boreguifes avenados: á don Enrique III, un veneno que le dió este médico traidor; don Enrique el IV, acabó con una muerte cual nos cuentan sus historias. Y si reparamos en ello, lo mismo parece que sucedió en otros cuatro que tuvo de este nombre la corona real de Francia, exceptuando el Primero. El Segundo murió en una justa. El Tercero de una puñalada. El Cuarto, que reinó en nuestros años, de otras dos que le dió un mal vasallo de su reino.»

(2) De Estuniga, ó Destuniga, como dicen las antiguas crónicas.

á quien encontró á las cuatro leguas de esta ciudad, que su ánimo era dar gusto á la reina, y servirle en cuanto pudiese. La reina, siempre recelosa, le cerró las puertas de la ciudad: el infante se alojó con su gente en los arrabales sin mostrarse sentido, antes bien procediendo con caballeridad y nobleza, fué el que trabajó con mas ahinco á fin de reducir á los dos ayos nombrados en el testamento á que resignasen aquel cargo en favor de la reina madre, por ser así lo mas razonable y natural. Cedieron al fin Juan Velasco y Diego Lopez, no sin repugnancia y sin graves contestaciones y altercados, recibiendo de manos de la reina como por via de compensacion la suma de doce mil florines de oro. Hecha esta concordia, y habiendo entrado don Fernando en la ciudad, se abrió y leyó ante las cortes el testamento de don Enrique; la reina y el infante, como tutores del rey niño y gobernadores del reino, juraron en manos del obispo de Sigüenza, haberse bien y lealmente en el gobierno y tutela, guardar y hacer guardar los fueros y privilegios, las libertades, costumbres y buenos usos de Castilla, y con esto quedaron solemnemente reconocidos en las cortes de Segovia como tutores y gobernadores del reino durante la menor edad del rey don Juan II, y encomendada la educacion del príncipe á la reina su madre.

Pronto nacieron desconfianzas entre los dos regentes, ya por obra de algunos mal intencionados que se complacían en turbar su armonía sembrando entre ellos mutuos recelos y sospechas, ya por el carácter de la reina doña Catalina, la cual por otra parte se hallaba de todo punto supeditada á una dama de su corte, llamada doña Leonor Lopez (1), sin cuyo consejo nada hacia, y que de tal manera dominaba en el ánimo de la reina, que nada servía cuanto se determinara en materias de gobierno si no merecía la aprobacion de la dama favorita; á tal punto que lo que un dia se deliberaba, otro se revocaba ó contradecía, si no era del agrado de doña Leonor Lopez, con mengua del reino y no poco disgusto del infante don Fernando. Fiábanse tan poco uno de otro, que cada cual de los regentes tenía su guardia propia, y cuando iban al consejo, cada cual llevaba sus hombres de armas para su defensa. En tal estado de cosas, recibíanse cartas de los caballeros y maestros de las órdenes que estaban en las fronteras de los moros anunciando que los soldados amenazaban desertarse por falta de pagas, y en el mismo sentido escribía el almirante don Alfonso Enriquez que se hallaba en Sevilla. En tal conflicto, y á instancia y persuasion del infante, accedió la reina, bien que no con la mejor voluntad, á anticipar hasta veinte millones de maravedís del tesoro del rey su hijo, á condiccion de reintegrarse del producto de los subsidios y rentas reales.

Haciase ya la guerra, bien que parcial y sin notables resultados, por la parte de Murcia; y el infante don Fernando, con deseo de impulsarla, generalizarla y dirigirla en persona, de acuerdo con la reina, pidió á las cortes el servicio de dinero que conceptuarian necesario para el buen éxito de la empresa. Las cortes, despues de haber hablado en favor del pensamiento y de la peticion del infante regente don Sancho de Rojas, obispo de Palencia, el almirante don Alfonso Enriquez y don Fadrique, conde de Trastámara, otorgaron un subsidio de cuarenta y cinco millones, teniendo en cuenta los veinte de que la reina tenía que reintegrarse, haciendo jurar á los dos regentes que aquella suma se había de destinar é invertir íntegra en las atenciones y gastos de la guerra sin distraer nada á objetos de otro género. Y como fuese el ánimo del infante hacerla en persona, quiso dejar antes ordenado el gobierno y administracion del Estado, de manera que se previniese toda discordia. A este fin hicieron entre él y la reina un convenio solemne, en que se determinó dividir el reino en dos partes, y que cada uno rigiese y gobernase en la suya, á saber, la reina madre desde los puertos hacia Castilla la Vieja y reino de Leon, el infante desde la misma línea de los puertos todo lo de Castilla la Nueva, Extremadura, Murcia y Andalucía: compartieron igualmente los oficios reales; la reina quedó con su chanciller

ria en Segovia, y el infante se partió para Andalucía (abril de 1407).

Despues de alguna detencion en Villareal esperando la reunion de las tropas, llegó á Córdoba á mediados de junio, y de allí á pocos dias á Sevilla, acompañándole su primo don Enrique, marqués de Villena, maestre que había sido de Calatrava, el almirante don Alfonso Enriquez, el condestable Ruy Lopez Dávalos, el senescal Diego Lopez de Zúñiga, el obispo de Palencia don Sancho de Rojas, don Pedro Ponce de Leon, señor de Marchena, Carlos de Arellano, señor de los Cameros, don Perafan de Ribera, adelantado mayor de Andalucía, don Alfonso, hijo de don Juan conde de Niebla, Diego Fernandez de Quiñones, merino mayor de Asturias, Pedro Manrique, adelantado del reino de Leon, Martin Fernandez Portocarrero, Pedro Lopez de Ayala, aposentador mayor del rey, Pedro Carrillo de Toledo, Diaz Sanchez de Benavides, capitán mayor del obispado de Jaen, y de allí á pocos dias llegaron Juan Velasco, Juan Alvarez de Osorio, el maestre de Santiago, el prior de San Juan y el conde de Niebla. Allí se le incorporó el conde de la Marca, uno de los mas hermosos y mas apuestos caballeros de su tiempo, casado con una infanta de Navarra, prima del rey, que voluntariamente vino á tomar parte en aquella guerra al servicio del infante, trayendo consigo ochenta lanzas. A pesar de haber adolecido allí el infante, los preparativos de la guerra se impulsaron con actividad, y de los puertos de Vizcaya fueron llevadas ocho galeras y seis naves con buena gente. Con una parte de ellas y con las que ya tenía el almirante embistió una flota de veintitres galeras que los reyes de Túnez y de Tremecen tenían en las aguas de Gibraltar, y aunque era superior en fuerza la armada enemiga, conduxose con tal bizarría el almirante castellano, que tomó á los infieles ocho galeras, echó varias de ellas á pique, y ahuyentó las demás. Grande fué la alegría del infante y de todos los otros grandes señores al ver arribar á don Alfonso Enriquez á Sevilla con las ocho galeras apresadas, y tuvose por feliz anuncio de la gran campaña que se iba á emprender.

La guerra hasta entonces se había reducido á parciales reencuentros por el lado de Lora y Vera, y por la parte de Carmona, Marchena, Écija y Pruna, en que mutuamente infieles y cristianos se tomaban algunas villas y castillos. Ahora se anunciaba una lucha seria, cual no había vuelto á verse desde los tiempos de Alfonso XI. Refiere, no obstante, la crónica un hecho que nos revela la inmoralidad de los hombres de aquella época. Convalecido que hubo el infante don Fernando, supo que se le estaba engañando en cuanto á la gente que pagaba: los capitanes á quienes se daba sueldo para trescientas lanzas no llevaban ni aun doscientas, y así respectivamente los demás. Con este motivo dispuso hacer un alarde general de sus tropas (8 de agosto); pero en este mismo alarde y revista le burlaban los grandes caudillos, presentando para cubrir las filas á hombres alquilados de los concejos; y aun así, siendo nueve mil lanzas las que pagaba, no llegaron á ocho mil las que se recountaron. Nada se le ocultaba al noble infante, mas por no indisponerse con los caballeros á quienes tanto entonces necesitaba, apeló á la prudencia y al disimulo, y no se dió por entendido del engaño, confiado en que con la ayuda de Dios habría de vencer al rey de Granada, aunque le faltase la tercera parte de la gente con que había contado (2).

Viendo el emir granadino que todos los preparativos de la guerra se hacian por la parte de Sevilla, rompió él por el reino de Jaen con siete mil caballos y hasta cien mil peones, y combatió la ciudad de Baeza, que defendieron con bizarría Pedro Diaz de Quesada, y Garcia Gonzalez Valdés con otros caballeros, vengándose el musulmán en poner fuego á sus arrabales. Con esta noticia envió el infante en socorro de la plaza al con-

(2) Crónica de don Juan II, Año I, cap. 29.—La ediccion mas apreciable de esta crónica es la que tenemos á la vista, hecha en Valencia por Benito Monfort, 1779, y que forma comprendidas las *Generaciones y semblanzas* de Hernan Perez de Guzman, su principal compilador, un volumen en folio grande de mas de 600 páginas. Sobre los diferentes escritores que compusieron esta Crónica, que al fin recopiló Hernan Perez de Guzman, puede verse el Discurso del doctor Galindez de Carvajal, inserto en la pág. 19.

(1) Era hija del célebre don Martin Lopez de Córdoba, gran maestre de Calatrava en tiempo del rey don Pedro, que tan al extremo llevó la defensa de Carmona, y que al fin sufrió una muerte trágica por orden del rey don Enrique II.

destable y al adelantado de Castilla con buena hueste: no los esperó el granadino, antes bien se retiró á su tierra, atacando y tomando de paso el castillo de Bezmar, muriendo en su defensa el comendador de Santiago y casi toda la guarnición. El infante mismo salió de Sevilla el 7 de setiembre, llevando la espada de San Fernando, que le fué entregada con toda solemnidad. Abrióse la campaña por la parte de Ronda. Seguían la bandera de Sevilla seiscientos caballeros y siete mil peones lanceros y ballesteros; iban con el estandarte de Córdoba quinientos jinetes y seis mil infantes. El maestre de Santiago con el pendon de Sevilla se puso sobre Zahara el 26 de setiembre, y al día siguiente llegó el infante con todo el ejército. Diego Fernandez de Quiñones fué el encargado de colocar las tiendas en el circuito de la villa. Asentadas las lombardas en tres diferentes puntos, y haciéndolas jugar por espacio de tres días, abrióse una gran brecha en el muro, en vista de lo cual los cercados pidieron capitulación, y rindieron la plaza á condición de que se les permitiese salir con sus mujeres y sus hijos, y los efectos que pudieran llevar. El 1.º de octubre enarbó el maestre de Santiago don Lorenzo Suarez de Figueroa en la torre del Homenaje el pendon de Castilla con la cruz. Al día siguiente salieron los habitantes de la villa, y poco después hizo su entrada en ella el infante don Fernando.

Allí repartió los cargos que cada cual habia de desempeñar para la conduccion y cuidado de las máquinas, pertrechos y útiles de guerra durante la campaña (1). Ordenó además á Martin Alfonso de Sotomayor la reduccion del castillo de Andita, que él ejecutó, entregando la plaza al incendio y al saqueo: Diego Fernandez de Quiñones y Rodrigo de Narvaez recogían los ganados de Grajalema ahuyentando á los moros: Pedro de Zúñiga recobraba la villa de Ayamonte: Martin Vazquez con otros caballeros reconocían la situacion de Ronda, y volvían á decir al infante que, colocada la plaza sobre una roca, defendida con buenas murallas y por una fuerte guarnición, les parecia de todo punto inexpugnable: todo esto mientras el infante en persona sitiaba y combatía á Setenil con todo género de máquinas y con piedras de nuevo calibre que hizo trasportar, y con las cuales incomodaba grandemente á los sitiados. Al propio tiempo el maestre de Santiago con otros caballeros y mil quinientas lanzas se apoderaban de Ortexica, punto interesante por su posición. El ejército se dividió en el valle de Cártama, y don Pedro Ponce de Leon y don Gomez Suarez, cada uno con su hueste, talaban y devastaban Luxar, Santillan, Palmete, Carnachente, Coin, Benablasque y otros lugares, matando y cautivando moros, y haciendo presas de ganados, en tanto que Juan Velasco destruía los campos y el viñedo de Ronda.

Continuaban los sitiados de Setenil defendiéndose vigorosamente, si bien en sus salidas eran casi siempre rechazados. Irritaba al infante tan tenaz resistencia, y mortificábale la pérdida de algunos de sus valientes capitanes. En su enojo ordenó que fuese atacada la plaza por ocho puntos á un tiempo, pero su actividad y energía se estrellaba en la apatía y flojedad de sus caballeros, que le aconsejaban renunciarse á la empresa de tomar la plaza, representándosela como muy difícil, así por hallarse situada en el corazon de unas rocas inaccesibles, como por el mal estado de las máquinas, por lo avanzado de la esta-

(1) Es curiosa esta distribución por la idea que da así de la maquinaria como de los medios de transporte que entonces estaban en uso. Dice, por ejemplo, que «Juan Heznandez de Bobadilla tomase cargo de llevar la lombarda grande con su curruña, é de las carretas, é bueyes que la han de llevar, é hombres que han de ser doscientos.—Juan Sanchez de Aguilar, que tome cargo de llevar la lombarda de la banda, é las carretas é bueyes, etc.—Sancho Sanchez de Londoño, que tome cargo de las dos lombardas de fuslera.—Fernan Sanchez de Badajoz y Gutier Gonzalez de Torres, que tomen cargo de llevar diez mantas; cada uno cinco, con los pertrechos que les pertenecen.—Juan Hernandez de Valera, que tome cargo de llevar los pertrechos de la mina, ó del alquitran, é de las carretas é bueyes, é hombres que lo han de llevar, que son menester cient hombres.—Diego Rodriguez Zapata, que tome cargo de llevar toda la pólvora.—Sancho Vazquez de Medina é Fernan Rodriguez, que tomen cargo de llevar todos los paveses... etc.»—Por este orden iba señalando los que habían de llevar las arcas de los pasadores, las fraguas de los herreros, el fierro, las herramientas, las muelas de aguzar, los truenos, el carbon, las escalas, etc. Crón. de don Juan II, A. I, c. 37.

cion, la incomodidad de las lluvias y la escasez de víveres que comenzaba á experimentarse. Accedió el infante, aunque con mucho disgusto, á levantar el cerco, y mandó al condestable y al merino mayor de Asturias, que con buena escolta hiciesen trasportar á Zahara todas las máquinas y bagajes. Sabedores de este movimiento los moros de Ronda, salieron con intento de apoderarse de los pertrechos de guerra, pero merced á un renegado que guió á los cristianos por otro camino, hubieron aquellos de volverse sin lograr su objeto. Reinaba poca armonía en el ejército cristiano, y disputábase quiénes habían de quedar guardando la frontera, si los castellanos ó los andaluces: enojado de estas disputas el infante, díjoles á todos con enérgica resolución que él personalmente tomaría el cargo de toda la frontera, y que fiaba poder dar buena cuenta á Dios y al rey su sobrino, y echar de la tierra al rey de Granada si en ella entrase.

Otro disgusto tuvo el infante en esta retirada. El alcaide García de Herrera habia abandonado á los moros los fuertes de Priego y las Cuevas, segun él decia, por falta de gente y de vituallas, pero no debió creerlo así el infante, que estuvo á punto de castigarle duramente. Los moros arrasaron aquellas fortalezas, y acometieron despues á Cañete, que supo mantener con mas teson el alcaide Fernando Arias de Saavedra. Una parte de las tropas del infante habia ido á Carmona en busca de provisiones: negáronse los de la ciudad á recibirlas, y cerrándoles las puertas les decían desde los adarves como haciendo mofa de su cobardía: á Setenil, á Setenil. Envió el infante al adelantado, y tampoco fué recibido, hasta que él se presentó personalmente; entonces se le franquearon las puertas, y los autores principales de la anterior resistencia sufrieron severo castigo. De Carmona pasó á Sevilla, donde fué recibido en medio de aclamaciones, juegos y fiestas populares. Hizo oracion en la catedral; depositó otra vez sobre el ara santa la gloriosa espada de San Fernando, y provisto lo necesario para el buen orden de la ciudad y defensa de la tierra, vino á Toledo, donde celebró las exequias fúnebres del cabo de año á su difunto hermano el rey don Enrique, y cumplido este deber religioso, pasó á Guadalajara, donde se hallaba la reina madre con el rey niño, y para donde estaban convocadas las córtes del reino.

Abiertas estas córtes á presencia del tierno monarca, de la reina doña Catalina y el infante don Fernando como tutores suyos y regentes del reino, con asistencia de muchos prelados, de los próceres mismos que acababan de hacer la campaña y de los procuradores de las ciudades, expuso el infante la necesidad de continuar la guerra, para lo cual solicitaba un subsidio de sesenta millones de maravedis, que las córtes cuidarian de realizar de la manera que fuese menos gravosa á los pueblos. Pareció esta demanda excesiva, y los diputados pidieron tiempo para deliberar. Andaban tambien discordes los pareceres: opinaban muchos por que se sobreeseyese en la guerra, por ser tan costosa y estar los pueblos agobiados y casi en imposibilidad de soportar los gastos que ocasionaba; eran otros de dictámen de que debia proseguirse. Debatíase tambien sobre el servicio pedido, pareciéndoles exorbitante; y cuando se estaba en estas conferencias, llegaron nuevas de que el rey de Granada se habia puesto sobre Alcaudete con siete mil caballos y mas de cien mil peones, si bien el comandante de la plaza, Martin Alfonso de Montemayor, ayudado de los fronterizos de las villas contiguas, se condujo tan valerosamente en su defensa, que no pudieron los moros tomarla, ni por escalas, ni por minas, ni por género alguno de ataque (febrero, 1408). Esta noticia dió nueva animacion á los debates de las córtes sobre la guerra y sobre el subsidio. Á pesar de los esfuerzos del infante, los procuradores resolvieron que por aquel año no se hiciese otra cosa que guarnecer las fronteras y estar á la defensiva; y en cuanto al servicio, se determinó que se repartiesen los cincuenta millones, y si la necesidad apremiase, se pedirían tambien los otros diez cuentos sin llamar para ello las córtes. Por fortuna las circunstancias de su reino hacían desear la paz al emir granadino, y antes de cerrarse las córtes llegaron á Guadalajara embajadores de Mohammed proponiendo una tregua. Aceptáronla los tutores y las córtes, y se firmó un armisticio por el tiempo de ocho me-

REYES DE CASTILLA



destable y al adelantado de Castilla con buena hueste: no los esperó el granadino, antes bien se retiró á su tierra, atacando y tomando de paso el castillo de Beznar, muriendo en su defensa el comendador de Santiago y casi toda la guarnición. El infante mismo salió de Sevilla el 7 de setiembre, llevando la espada de San Fernando, que le fue entregada con toda solemnidad. Abrióse la campaña por la parte de Ronda. Seguían la bandera de Sevilla seiscientos caballeros y siete mil peones lanceros y balleneros: iban con el estandarte de Córdoba quinientos jinetes y seis mil soldados. El maestro de Santiago con el pendón de Sevilla se presentó á Zahara el 25 de setiembre, y al día siguiente llegó á la plaza con todo el ejército. Diego Fernández de Quiroga fue el encargado de cobrar las tiendas en el espacio de la villa. Asuntadas las lombardas en tres ó cuatro partes, y haciéndolas jugar por espacio de tres días, abrieron una gran brecha en el muro, en vista de la cual los moros pidieron capitulación, y rindieron la plaza á condición de que si les permitiese salir con sus mujeres y sus hijos, y los efectos que pudieran llevar. El 1.º de octubre envió el maestro de Santiago don Lorenzo Suárez de Figueroa en la torre del Homenaje el pendón de Castilla con la Cruz. Al día siguiente salieron los habitantes de la villa, y poco después hizo su entrada en ella el infante don Fernando.

Allí repartió los cargos que se le habían de desempeñar para la conducción y custodia de las lombardas, y otras cosas de guerra que se le entregaron. Los señores de Martín Alfonso de Montemayor, de don Juan de Arriba, que el ejército, y don Pedro de Torres, y don Diego Fernández de Quiroga, y don Diego de Sotomayor recogían las ganancias de la guerra, y don Juan de Arriba, Pedro de Zúñiga recobrába la villa de Ayamonte; Martín Vázquez con otros caballeros reconocían la situación de Ronda, y volvían á decir al infante que, colocada la plaza sobre una roca, defendida con buenas murallas y por una fuerte guarnición, les parecía de todo punto inexpugnable: todo esto mientras el infante en persona sitiaba y combatía á Setenil con todo género de máquinas y con piedras de nuevo calibre que hizo trasportar, y con las cuales incomodaba grandemente á los sitiados. Al propio tiempo el maestro de Santiago con otros caballeros y mil quinientas lanzas se apoderaron de Otrera, punto interesante por su posición. El ejército se dividió en el valle de Arguana, y don Pedro de Torres y don Lorenzo Suárez, cada uno con su hueste, se adelantaron á las montañas de Santillán, Palencia, Carmona, etc., y don Juan de Arriba, don Juan Vázquez y don Juan de Arriba, y otros lugares, matando y cautivando moros, y haciendo presa de ganados, en tanto que Juan Vázquez sitiaba la plaza y el viñedo de Ronda.

Continuaban los sitiados de Setenil en una situación desesperada, si bien en sus salidas para conseguir agua y comida. Irritaba al infante tan tenaz resistencia, y especialmente la pérdida de algunos de sus valientes capitanes. En un momento que fuese atacada la plaza por ocho partes á un tiempo, por su actividad y energía se estrellaba en la plaza, y él y sus caballeros, que le aconsejaban retirarse de la plaza, tomar la plaza, representándose como una plaza que se hallase situada en el corazón de unas rocas, y que, por el mal estado de las máquinas, por lo avanzado de la campaña,

la incomodidad de las lluvias y la escasez de viveres que comenzaba á experimentar. Asedió el infante, aunque con mucho disgusto, á levantar el cerco, y mandó al condestable y al merino mayor de Asturias, que con buena escolta hiciesen trasportar á Zahara todas las máquinas y bagajes. Sabedores de este movimiento los moros de Ronda, salieron con intento de apoderarse de los pertrechos de guerra, pero merced á un renegado que guió á los cristianos por otro camino, hubieron aquellos de volverse sin lograr su objeto. Reinaba poca armonía en el ejército cristiano, y disputábase quiénes habían de quedar guardando la frontera, si los castellanos ó los andaluces: enojada de estas disputas el infante, díjoles á todos con rotunda resolución que él personalmente tomaría el cargo de toda la frontera, y que fíaba poder dar buena cuenta á Dios y al rey su abuelo, y echar de la tierra al rey de Granada si en ella entraba.

Este disgusto tuvo el infante en esta retirada. El alcaide de Zahara don Herrera había abandonado á los moros los fuertes de Peñón y las Cuevas, según él decía, por falta de gente y de provisiones, pero no debió creerlo así el infante, que estuvo á punto de castigarle duramente. Los moros arrasaron aquellas fortalezas, y se quedaron después á Cañete, que supo mantener con sus tropas el alcaide Fernando Arias de Saavedra. Una parte de las tropas del infante había ido á Carmona en busca de provisiones: negáronse los de la ciudad á recibirlas, y cerráronles las puertas: los decían desde los adarves como haciendo mofa de su cobardía: *á Setenil, á Setenil*. Envió el infante al adelantado, y tampoco fué recibido, hasta que él se presentó personalmente; entonces se le franquearon las puertas, y los autores principales de la anterior resistencia sufrieron severo castigo. De Carmona pasó á Sevilla, donde fué recibido en medio de aclamaciones, juegos y fiestas populares. Hizo oración en la catedral; depositó otra vez sobre el ara santa la gloriosa espada de San Fernando, y provisto lo necesario para el buen orden de la ciudad y defensa de la tierra, vino á Toledo, donde celebró las exequias fúnebres del cabo de año á su difunto hermano el rey don Enrique, y cumplido este deber religioso, pasó á Guadalajara, donde se hallaba la reina madre con el rey niño, y para donde estaban convocadas las cortes del reino.

Abiertas estas cortes á presencia del tierno monarca, de la reina doña Catalina y el infante don Fernando como tutores auxiliares y regentes del reino, con asistencia de muchos prelados, de los procuradores mismos que acababan de hacer la campaña y de los procuradores de las ciudades, expuso el infante la necesidad de continuar la guerra, para lo cual solicitaba un subsidio de sesenta millones de maravedís, que las cortes cuidarían de realizar de la manera que fuese menos gravosa á los pueblos. Pareció esta demanda excesiva, y los diputados pidieron tiempo para deliberar. Andaban también discordes los pareceres: opinaban muchos por que se sobreseyese en la guerra, por ser tan costosa y estar los pueblos agobiados; y casi en igualdad de soportar los gastos que ocasionaba; eran otros de dictamen de que debía proseguirse. Debatíase también sobre el servicio pedido, pareciéndoles exorbitante; y cuando se estaba en estas conferencias, llegaron nuevas de que el rey de Castilla se había puesto sobre Alcaudete con siete mil caballeros y más de cien mil peones, si bien el comandante de la plaza, Martín Alfonso de Montemayor, ayudado de los fronterizos de las villas contiguas, se condujo tan valerosamente en su defensa, que no pudieron los moros tomarla, ni por espolones, ni por torres, ni por género alguno de ataque (febrero). Esta noticia dió nueva animación á los debates de la guerra y sobre el subsidio. A pesar de los esfuerzos del infante, los procuradores resolvieron que por aquel día no se hiciera otra cosa que guarnecer las fronteras y estar á la defensiva; y en cuanto al servicio, se determinó que se pagasen los cincuenta millones, y si la necesidad continuase se pedirían también los otros diez cuentos sin llamar á las cortes. Por fortuna las circunstancias de su tiempo le permitieron la paz al emir granadino, y antes de cerrarse las cortes se envió á Guadalajara embajadores de Morabán para proponerle sus paces. Aceptáronla los tutores y las cortes, que se celebraron por el tiempo de ocho me-

(1) Es curiosa esta distribución por la idea que de ella se ve que se hacía como de los medios de transporte que entonces estaban en uso. Dice, por ejemplo, que Juan Hernandez de Bobadilla tome cargo de llevar la lombarda grande con su carneña, ó de las carretas, ó buques que la han de llevar, ó bombas que han de ser doscientas.—Juan Sanchez de Aguilar, que tome cargo de llevar la lombarda de la banda, ó de las carretas ó buques, etc.—Sancho Sanchez de Londoño, que tome cargo de las dos lombardas de fusilería.—Fernán Sanchez de Badajoz y Gutierrez Gonzalez de Torres, que tomen cargo de llevar diez montes cada uno con los pertrechos que los pertenecen.—Juan Hernandez de Valera, que tome cargo de llevar los pertrechos de la mina, ó del alquitrán, ó de las carretas ó buques, ó hombres que lo han de llevar, que son noventa y cinco.—Diego Rodriguez Zapata, que tome cargo de llevar toda la pólvora.—Sancho Vazquez de Medina ó Fernán Rodriguez, que tomen cargo de llevar todos los pasadores, etc.—Por este orden iba señalando los que habían de llevar las arrias de los pasadores, las fraguas de los herreros, el hierro, las herramientas, las ruedas de agua, los truenos, el carbon, las escobas, etc. Crón. de don Juan II. A. I. c. 37.

REYES DE CASTILLA



Messon sc